



Helio Vera

Destinadas

Dorotea Duprat de Laserre no piensa ahora en su esposo, en su padre ni en su hermano, reos convictos de alta traición a la República, fusilados en San Fernando. No piensa en la guerra, que decae en escaramuzas cada vez más aisladas en este último mes de 1869, cuando ya no queda casi nada del ejército del mariscal López. Ni siquiera piensa en el hambre que le venía mordiendo las tripas desde hace varias semanas y que la empujó a escapar, con las demás mujeres, del tenebroso campamento del Espadín.

No. No es tiempo de desempolvar recuerdos aunque sean recientes, todavía frescos y punzantes. Lo único que tiene entidad concreta es este trozo de carne asada que demora entre los dientes, como para dar tiempo a las papilas a recuperar la lenta memoria de su sabor. Es la primera alimentación que merece este nombre desde hace mucho tiempo y por eso las comensales le conceden las graves ceremonias de un banquete en el Club Nacional. Pero ellas no están reunidas en un sarao, medidas por música de flautas y violines, sino descansando en un claro de la selva, los vestidos [130] reducidos a andrajos, las cabelleras desgredadas y barrosas, los pies descalzos destrozados por la marcha. Hay más de torvo aquelarre de brujas que de tertulia de damas de subida alcurnia en este grupo que come pausadamente, en cuclillas sobre la tierra.

Muchas se rezagaron en el sufrido itinerario que comenzó en el Espadín y tiene ahora su esperanzada posta. Cincuenta eran al partir y ya no llegan a veinte. Las demás quedaron por el camino comidas por la fiebre, derrotadas por el cansancio o vaciadas por la disentería. No es de buen agüero el recuento de sus nombres. Dorotea no lo haría, pero entre éstos se encuentra el de alguien de su especial afecto: Felicia Giménez, criada de la familia, pero además confidente y dama de compañía.

Felicia Giménez. Imaginarla muerta es borrar una parte vital de la memoria. Huérfana, no terminaba de aprender a caminar erguida cuando fue entregada a los padres de Dorotea. La trajeron de lejos, de un pequeño caserío sin nombre, mucho más allá de

donde terminaba el camino real que llevaba a Itaiguá. Desde entonces fue una sombra de los Duprat. Imprescindible como el mueble antiguo que justifica el rincón de una casa; ubicua, como el canto aéreo de un pájaro.

Ayer nomás, se vieron por última vez. Habían caminado todo el día. La noche estaba cayendo y el horizonte abundaba en pesadas nubes de tormenta y en un hondo bramido de tigres o de truenos. Felicia estaba más cansada que las otras y ya no tenía fuerzas para seguir. La piel amarilleaba sobre sus huesos y frecuentes [131] escalofríos la hacían temblar como poseída por el baile de San Vito. Ella entendió. No tenía derecho a demorar el tropezado rumbo de sus compañeras. Quedó allí, recostada en un árbol, esperando la soledad nocturna y la previsible muerte, Tomó la mano de Dorotea y le pidió la bendición. El resto del grupo se detuvo sólo el lapso de una oración y de una despedida.

Pero quién puede pensar ahora en Felicia o en las demás que quedaron atrás para engordar a los *yryvú*, negros comedores de carroña. Eso es ayer y es historia vieja; esto es hoy: la fiesta de la carne, el mecánico desgarramiento de las fibras entre las muelas, la alegre danza de los intestinos. El obsequio llega a los estómagos después de semanas de disputar raíces a la tierra o de roer, sin asco, los miserables restos de alguna alimaña. Esta ración ha cambiado radicalmente las cosas. La esperanza, corno una débil flor secreta, ha renacido de los escombros de la angustia precedente.

△▽

- II -

Hace como tres semanas que caminan, o tropiezan o se arrastran a través de la selva. Apuntan hacia el Oeste, orientándose con el elevado paso del sol, con frecuentes concesiones al Sur. En algún lugar, en esa dirección, está el río Paraguay, ya bajo el control de los vapores artillados de la Alianza. Además, en casi todo el litoral el trájín militar ya está siendo substituido por el movimiento incesante de vivanderos y mercachifles. [132] Plaga de langostas o necesidad civilizadora. ¿Quién sabe? Lo que interesa es que las fugitivas saben que el río lleva siempre hacia donde bulle la civilización, hacia donde se encuentra la vida, que tiene ahora el brillo de una promesa.

Hace varios días dejaron atrás el menguante territorio que todavía recorren esporádicamente algunas patrullas del Mariscal. Estos grupos fanáticos e implacables, obedecen ciegamente la escueta consigna sobre todo fugitivo que encuentran a su paso: la muerte. A lanzazos, para ahorrar las municiones que el bloqueo niega a las fuerzas paraguayas. Ya están fuera del alcance de estas incursiones, pero ahora deben vencer a la selva, tan peligrosa para la supervivencia como los lanceros de López.

Anoche, quizá una hora después de abandonar a Felicia, decidieron pernoctar. En realidad, todas habían llegado al límite de sus fuerzas. Bajo el ominoso signo del desahucio, no era difícil vislumbrar el final algunas horas más tarde, un día quizá, pero no más. Las que cayeron antes sólo se les habían adelantado.

Clareaba cuando se dispusieron a seguir. Lenta, fatigosamente, caminaron. Fue entonces cuando se les apareció el viejo *ka'yguá* y todo cambió bruscamente. Es difícil saber quién quedó más espantado: el anciano indígena o el desfalleciente grupo de mujeres. Al susto mutuo siguió la curiosidad y a ésta, un animado parloteo en guaraní. Dorotea no entendió lo que decían; nunca pudo distinguir este idioma, que los paraguayos prefieren al castellano, de una desordenada sucesión [133] de gruñidos y carraspeos. Pero era evidente que allí se discutía y regateaba con la misma intensidad que en el mercado central de Asunción. Después supo el resultado: las últimas alhajas que pudiesen reunir serían canjeadas por carne y todos los bastimentos que el viejo les pudiese entregar. Un trueque doloroso pero justo.

Suerte, pura suerte, quizá milagro de Santa Rita, patrona de lo imposible, que se les haya cruzado en el camino este viejo *ka'yguá*, ruina huesuda que huele como un demonio pero que tiene la celebrada facha de la salvación. Hay poco que decir de él, salvo los rasgos más visibles de su apariencia externa. Las costillas amenazan con romper la arrugada envoltura de la piel. Un tatuaje azuloso le envuelve la cara. El labio inferior viene atravesado por el tembetá, símbolo de su condición privilegiada de varón.

El indio ensayó una promesa y se escabulló. Retornó al mediodía con una pesada bolsa de fibras de *karaguatá* sujeta a la frente con una cuerda. Caldeaba derechamente el sol implacable de diciembre. El viejo había cumplido. La bolsa rebosaba con el precioso cargamento. Las raciones fueron distribuidas con equidad y sin malicia: un trozo mayor para las que tenían con ellas a sus hijos pequeños.

A la transacción mercantil siguió la tentadora maquinaria de la camándula y comenzó un ruidoso chismorreos. El *ka'yguá*, entrando en confianza, se explayó sobre su vida con largueza. Supieron que su horda había abandonado la región, temerosa de ser alcanzada [134] por una guerra que no era la suya. Él prefirió quedarse. De hecho, no hubiera podido llegar muy lejos; su cuerpo enclenque no lo hubiera permitido.

El viejo les contó algo fundamental: los brasileños ya no estaban muy lejos, a una jornada de viaje quizá. Eran las primeras avanzadillas de la columna que seguía la rastrillada del mariscal, largamente señalada por cadáveres insepultos. Tal vez ellas podrían acogerse a la piedad de los soldados del Imperio. A cambio, quizá, de otro trueque, que sólo las más jóvenes podrían negociar con ventaja.

△▽

- III -

Dorotea no puede decir cuándo comenzaron sus desgracias. Se siente incapaz de encontrar la causa de las causas, el eslabón primigenio de una minuciosa cadena de calamidades. Quizá debiera llegar al momento mismo de su nacimiento; en Francia, hace veinticinco años. O cuando su padre y su madre decidieron venir al Paraguay, la hermética China sudamericana que comenzaba a abrirse al mundo después de años de

férreo aislamiento. Dorotea y su esposo, con quien acababa de casarse, se unieron a la aventura.

Es cierto que las perspectivas del comercio prometían ser brillantes para quienes fuesen los primeros en llegar. Es también verdad que el pronóstico fue confirmado por los primeros resultados del tráfico. Los Duprat vivieron años de bonanza. Pero años después [135] estalló la guerra y pronto el Paraguay quedó aislado dentro de sus fronteras, férreamente bloqueado por la escuadra brasileña.

Al principio, la guerra fue apenas un rumor confuso y lejano, un estrépito asordado de fusilería, voces de mando y estallidos de bombas. Pero en junio de 1868 el mundo de Dorotea se derrumbó bruscamente sobre su cabeza. Su padre, su esposo y su hermano fueron prendidos por la policía bajo una terrible acusación: traición al Paraguay y a su gobierno. Contacto con el enemigo. Conspiración.

Los cargos se acumularon unos sobre otros con irresistible sistema: su padre, Cipriano Duprat, en correspondencia secreta con el barón de Villa María, uno de los jefes del Imperio; su hermano, Arístides, designado para clavar el puñal asesino en el pecho de la augusta persona de Su Excelencia; su esposo, Narciso, encargado de distribuir las hediondas monedas de Judas entre los demás conjurados, reclutados con sigilo entre la gente de pro y los oficiales de la Mayoría.

El imperioso cepo Uruguayana obtuvo las confesiones que hicieron falta. La locuacidad de los prisioneros se hizo incontenible y un expediente comenzó a engordar amenazadoramente. Un secretario de ojos apagados y de bigote incipiente anotaba lo necesario mientras el Fiscal de Sangre rugía y se agitaba, apuntándoles a los ojos con un índice epiléptico.

La antigua ordenanza española inspiró la sentencia: tacha de infamia, confiscación de bienes, pena de muerte. Eran reos confesos de alta traición y nada podría [136] salvarlos y por eso no debieron extrañarse y hasta recibieron con alivio la notificación. No se les hizo esperar: fueron fusilados cerca del Tebicuary. Recién después de muertos se les sacó las barras de grillos remachadas alrededor de los pies.

Muchos más corrieron idéntica suerte: traidores, cobardes que flaquearon ante el enemigo, conspiradores, desertores o simples propaladores de especies adversas a la causa de la patria. Sus cadáveres quedaron en distintos lugares, a flor de tierra, librados a la voracidad de los perros y de las hormigas coloradas. A veces, furiosos aguaceros trataban de devolverlos a la superficie. Arañaban el aire con las manos, barrían el fango con las barbas; el agua se escurría sobre los cuerpos agusanados pero siempre terminaban por quedar clavados en sus sitios, como si tuviesen prohibido abandonarlos.

Pero la piedad no es moneda de esta guerra. Unos cuantos fusilados importan poco. Sólo son pequeñas cruces marcadas apresuradamente con lápiz en las tablas de sangre, borrosos garabatos en papeles sucios de barro y de lluvia. No añaden un ápice de horror a la matanza desafortunada de las batallas o a los imparciales estragos que el cólera causa en los campamentos de paraguayos y aliados.

Las mujeres de aquellos condenados -madres, esposas, hijas- son "destinadas" a lejanos sitios: "capillas" desperdigadas en la selva, como San Estanislao, Yhú, San Joaquín,

Ajos, Unión. Con ellas van también [137] ancianos, algunos niños y una custodia mínima, no hacía falta más. "Destinada" pasa a ser, desde entonces, una palabra trajinada por el oprobio y la miseria. La orden es de aislarlas. No deben diseminar las negras larvas del abatimiento y del derrotismo entre los soldados y la población civil.

△▽

- IV -

Yhú. Para obtener algún alimento, Dorotea labra la tierra con el omóplato de un buey. Trabaja bajo la malhumorada dirección de una sargenta pródiga en insultos y mezquina en raciones. Muchas de las destinadas son damas de alto coturno, matronas de jerarquía, figuras respetadas en la sociedad. Por eso no terminan de aceptar lo que está pasando, quizá un capricho pasajero del mariscal, tal vez una prueba enviada por Dios, pero que no tardará en terminar.

En Yhú hay un remedo de vida social: menudean las visitas y los cumplidos entre las destinadas. Se celebra algún que otro cumpleaños y hasta aniversarios de casamientos con ausentes, quizá muertos, maridos. Durante algunos meses, la imaginación permite reproducir malamente las fruslerías que hacían más llevadera la vida en Asunción. Pero es difícil revivir los ruidosos saraos de la capital en estas improvisadas chozas, mínimos perímetros definidos por cuatro estacas, apenas protegidos del viento y la lluvia por hojas de *pindó* y *jata'i*. [138]

El hambre también se instala en el campamento. La comida escasea primero y luego desaparece. Nace un arancel para las nuevas modalidades de alimentación: sapos y ranas, a tres patacones; víboras, a dos; tatús, a diez y hasta a doce, según el tamaño; asnos flacos, aún llagados y purulentos, a mil. El aborto de una burra levanta un conato de resistencia. Dorotea lo sofoca con decisión:

-En Francia se come y es muy distinguido.

Setiembre de 1868. Llega del Sur un alférez achatado, de ojos fangosos, de pocas palabras, prefiere los monosílabos. Piel y hueso, viene descalzo, los pies abrazados por gruesas espuelas nazarenas. La indumentaria, un desastre: el chiripá reducido a andrajos; el morrión olvidado de los colores originales. Sólo el sable resplandece, solitario baluarte de la pulcritud, símbolo de su inapelable autoridad. Este hombre es importante porque trae una orden del mariscal: Yhú debe ser evacuado. Las destinadas deben ir más lejos, hacia el Norte, cerca del Ygatimí, región familiar únicamente a las fieras y a indígenas desconfiados de todo comercio con cristianos.

El día en que parte la caravana, muere Gregorio Palacios, padre del obispo de Asunción. Se lo lleva el pasmo de la sangre. El cadáver es dejado en mitad de la calle, sentado rígidamente en una mecedora. Nadie se detiene para enterrarlo. Que todos tomen nota. El alférez sabe lo que dice: Palacios no puede recibir la misma sepultura que los bautizados. Que se pudra en [139] la calle, para que aprenda, por traidor a la patria.

Cuando los viajeros van saliendo del poblado, comienza a soplar un fuerte viento desde el Sur, preludio de un temporal. Desde lejos, ven que el sillón de Palacios se balancea suavemente: el poncho de su ocupante se agita como indicando una despedida.

△▽

- V -

Campamento del Espadín. Las destinadas -algo arriba de mil- comienzan a morir. El hambre y la enfermedad se ceban en ellas, encarnizadamente. Además ronda el campamento -no sabemos si es peor o mejor- la amenaza constante de ejecución, a manos de alguna repentina partida de lanceros. Hay días en que se anuncia para la siguiente madrugada a los verdugos encargados de cumplir la feroz consigna. Pero la orden no llega nunca.

Pronto la guerra vuelve a aproximarse. El ejército, que no termina de desangrarse, ha comenzado la evacuación al Norte. Busca la protección de la selva innumerable, de los verdosos pantanos burbujeantes, de los plumizos riscos del Mbaracayú. Es el último trozo del país que permanece bajo la decreciente influencia del mariscal. Territorio misterioso e inaccesible, hollado sólo fugazmente por mariscadores y forajidos, República secreta de monos y guacamayos, de jaguares y lampalaguas, la protegen eficazmente las febriles murallas del chucho y la llagada lepra del hachero. [140]

De pronto algo se oye de que el mariscal se ha internado en las cercanas serranías y que los brasileños le perdieron el rastro, por ahora. Se siente que el final de la guerra está próximo. En El Espadín, la guardia suaviza la vigilancia, como si sus encargados ya no le viesan sentido alguno. Ya no hay noticias de López: tal vez hasta se haya muerto. Una madrugada desaparecen del campamento los pocos soldados de la custodia. Es la oportunidad que estaban esperando. Las mujeres resuelven buscar la salvación y, en pequeños grupos, se internan en la selva, libradas a la gracia de Dios.

Unas cincuenta parten con Dorotea. Pero son apenas veinte las que descansan en un abra de la selva después de tres semanas de desesperada y famélica marcha. Este grupo ha escapado a la muerte mediante el providencial encuentro con el *ka'yguá*. Si Felicia hubiese aguantado una hora más estaría compartiendo la carne asada con las demás, acumulando fuerzas para alcanzar la cercana salvación. La información que les dio el indígena, junto con los alimentos, fue decisiva. Ahora ya saben exactamente hacia dónde dirigirse.

△▽

- VI -

Han terminado de comer. Estalla un eructo que celebran como un chiste bien logrado. Las mujeres comienzan a desperezarse, casi con voluptuosidad; están satisfechas y esa

sensación las gratifica. Pronto podrán [141] proseguir la marcha, pero esta vez con renovadas energías y con provisiones para la última y decisiva etapa. El viejo ha desaparecido, también para descansar. Su choza -les había dicho- no está lejos. Volvería cuando el calor decline.

De pronto alguien -no importa quién- despierta la negra tentación de la ingratitud en las almas atormentadas. El viejo les robó las alhajas en un trueque inicuo, bajo la inaceptable extorsión del hambre. Esos tesoros, cargados de recuerdos familiares, serán vitales cuando regresen a Asunción. Es legítimo recuperar esos bienes de manos de su actual poseedor. Hasta sería fácil arrancarle el resto de la carne que, con toda seguridad, guardó avariciosamente para sí. No la necesita. Además, él es un indio y sabe cómo arreglarse en el monte.

La dura conclusión se abre paso a borbotones. Hay un apresurado parloteo y cinco de las más robustas son elegidas para la misión. Dorotea, por joven y por ser más alta y fuerte que las demás, se incorpora a la maligna gavilla. El grupo, tan sigilosamente como puede, sigue la dirección tomada por el *ka'yguá*, un sendero que se escurre en la maraña. Dios sabe que repugna aceptar lo que viene después, corolario infame de esta acción desencadenada por la codicia.

No tardan en llegar. El hombre dormita frente a su choza, en una hamaca; los ronquidos son lento acompasados. Un zumbido de moscas hace más intensa la siesta. Se acercan, con dubitativa lentitud, la respiración contenida contra el pecho. La decisión llega [142] repentinamente, rápida como una centella. Un garrote busca la cabeza; después, la violencia incurre en la repetición y, se pierde la cuenta de los golpes. El viejo cabecea, como trabajando un sueño, y se queda quieto; un hilo de sangre le divide la cara en dos. El tatuaje parece más azul que nunca.

No deben buscar mucho, Las alhajas son recuperadas del fondo de un cántaro, en el sucio interior de la choza. Luego sigue la búsqueda de la carne. El mismo sendero zigzagueante esta vez las lleva hasta una limpiada, sobre el arroyo. Se aproximan, abrumadas por el asco. El cadáver de Felicia cuelga de la rama de un árbol, la cabeza hacia abajo, la mirada inmóvil; la desnudez hace más notorias las partes carnosas que fueron tajeadas desordenadamente.

El horror impone ahora sus nerviosas reglas. Una de las mujeres llora, de pura histeria; otra, trata de vomitar pero no puede: el alimento se aferra al estómago como una hambrienta garrapata. La cara de Felicia exhibe una extraña placidez. Ellas la miran, como si todavía esperasen algún signo de vida. No hay palabras en esta muda contemplación. Ni siquiera cuando Dorotea, resueltamente, empieza a cortar la carne y a distribuirla, con meditada equidad, entre sus compañeras. △

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

